

El Papa san León le escribió una carta, en que le dice entre otras cosas, que la verdad invencible de Dios le habia mostrado limpio de toda mancha de herejía, según el juicio de la Silla Apostólica.

Concluyó su vida en la paz y communion de la Iglesia, y tan santamente como la habia comenzado. Murió hacia el año 458.

SAN MACEDONIO, SOLITARIO DE ANTIOQUIA

Teodoreto, como hemos visto en el capítulo precedente, habla de Macedonio, á quien conoció personalmente, por lo cual trazaremos la historia de este Santo, basándonos en el relato de este escritor. Fué uno de los más santos habitantes de la montaña inmediata á Antioquia, y aún cuando no aprendió las letras humanas, y era sumamente sencillo, sus virtudes y prodigios le hicieron muy célebre entre los Sirios, los Fenicios, los Cilicios y otros pueblos. Habia escogido, dice Teodoreto, las alturas de las montañas para campo de sus combates, no tenia lugar fijo ni casa para habitación, lo cual hacía para evitar las visitas de infinidad de personas que de todas partes venian á verle. Pero su retiro más ordinario lo tenia en una fosa profunda, por lo cual los Sirios le daban el sobrenombre de Guba, que significa fosa.

También se le reconocía con el subrenombre de Critófago, porque durante cuarenta años no tomó otro alimento que cebada. Despues de pasar cuarenta y cinco años errando por la montaña, y ya siendo anciano, le rogaron con

insistencia sus amigos que hiciese una cabaña, y por último, uno de ellos le prestó una casa muy pequeña para que fijase en ella su residencia.

Flaviano, patriarca de Antioquía, quiso honrar su virtud elevándole al sacerdocio; pero comprendiendo que si le manifestaba sus intenciones, sería muy difícil vencer su humildad, empleó un artificio, y le llamó á la ciudad so pretexto de responder á una acusación presentada contra él. Macedonio obedeció al punto, y Flaviano le ordenó sacerdote durante la celebración del santo sacrificio. Afligióse en extremo al Santo, temiendo que se le obligase á abandonar su amado retiro de la montaña. Se quejó amargamente al patriarca y á todos lo que se hallaban presentes, y costó mucho trabajo el calmar su dolor.

A la semana siguiente le hizo venir Flaviano para que asistiese con los demás presbíteros á una solemnidad, y cuando hubo llegado, les dijo: ¿No estais contentos con lo que ha pasado? ¿quereis ordenarme de nuevo? Se le hizo presente, que ésto no era posible, porque el orden sagrado es un sacramento que no puede reiterarse; pero su sencillez era tan grande, que sus amigos tuvieron que repetírselo muchas veces. «Yo sé muy bién, dice Teodoreto, que la reiteración no es posible, y he creído necesario hacer mención de este hecho, para que se conozca hasta que punto llegaban el candor y la pureza de su alma: pues solamente á las almas sencillas ha prometido Jesucristo el reino de los cielos, cuando dice: *En verdad os digo que si no os volviéseis é hiciéseis como niños, no entrareis en el reino de los cielos*¹.

Pero si Macedonio fué tan sencillo en esta ocasión, Dios, que saca su gloria de la boca de los niños, hizo ostentación en él de una sabiduría y de una elocuencia la más á propó-

¹ Math. XVIII, 3.

sito para persuadir, y que no podía atribuirse, como hace notar san Juan Crisóstomo, más que al poder de la religión cristiana. Verificóse en Antioquía una sedición tan violenta, que se hicieron pedazos las estatuas del emperador. Como éste es un rasgo histórico que interrumpiría el hilo de nuestra narración, hablaremos de él al fin de este capítulo, con el fin de continuar ahora hablando de otras gracias particulares con que le favoreció el Señor.

Teodoreto cita muchos prodigios obrados por san Macedonio. «Un pastor, dice, cuyas ovejas se habian extraviado, vino á buscarlas á la montaña del Santo. La noche era oscura, y la montaña se hallaba cubierta de niebla. Macedonio se hallaba sin abrigo y no podía ménos de experimentar el rigor de la estación; pero Dios que protege á sus siervos y les dá muchas veces pruebas sensibles é inequívocas de una providencia particular, manifestó á este pastor por medio de una maravilla extraordinaria el cuidado que tenia de este santo varón, y se lo hizo ver rodeado de un gran fuego, que dos hombres vestidos con blanco ropaje alimentaban con leña.

No se extrañará este prodigio, si se considera el fervor de espíritu y el amor con que Macedonio servia al Señor. Teodoreto dice á este propósito, que un dia fué de cacería á la montaña un coronel acompañado de gran número de soldados y de perros. Descubrió desde léjos al Santo, y sabiendo por su gente que era el célebre Macedonio, desmontó del caballo, le saludó cortesmente, y le preguntó en que pasaba su vida. Satisfizo el Santo á todas sus preguntas, y á su vez le rogó que le manifestase el objeto que le traia á la montaña. Díjole el coronel que venia á cazar. Pues yo, le replicó Macedonio, me ejercito en la caza de mi Dios, mi gran pasión es verle: deseo con gran ardor tenerle en mis lazos, y jamás dejaré una caza tan excelente.

El oficial quedó edificado con esta respuesta, y se retiró de la montaña lleno de admiración.

El Señor le favoreció con el don de profecía. Otro coronelllamado Lupiciano, hombre de reconocida piedad, vino á verle manifestándole estar muy intranquilo, á causa de que dos buques cargados de provisiones, hacía cincuenta dias que habian salido de Constantinopla, y no se tenia noticia alguna de ellos. Macedonio le dijo con toda certeza: « Uno de los buques ha naufragado, y el otro entrará mañana en el puerto de Seleucia. » El hecho comprobó la verdad del vaticinio.

Teodoreto refiere también algunos de sus milagros. Dice que curó á una mujer que padecía de hambre canina, que unos atribuian á una causa natural, y otros á la malicia del demonio: pues era tan extraordinaria este hambre, que comia diariamente la pobre mujer treinta gallinas, sin verse jamás satisfecha. Lleváronla, pues, al Santo, el cual oró por ella, y dándola á beber agua, sobre la cual hizo la señal de la cruz, se encontró ésta tan radicalmente curada, que un alón de gallina bastaba para su diario sustento.

Una señora de alta alcurnia, llamada Astria, tuvo la desgracia de perder la razón, de modo que no conocía á nadie, ni queria tomar ninguna clase de alimento. Su esposo, en extremo afligido, viendo que eran inútiles todos los remedios humanos, acudió al Santo, y fué á la montaña para manifestarle su dolor y pedirle sus oraciones. Macedonio se movió á compasión, y le siguió á su casa, en donde, despues de orar con extraordinario fervor, bendijo un poco de agua, y mandó que se la diesen á la enferma. Los médicos, que se hallaban presentes, protestaron que el agua fria podría serle perjudicial; pero Aviodán, éste era el nombre del marido, siguió el consejo del Santo, y apenas bebió la enferma el agua, volvió en sí, reconoció al Santo, le pidió la mano para besársela, y recobró la salud.

También libró á una mujer poseida del demonio, cuyo hecho refiere Teodoreto en los siguientes términos: « El padre de esta jóven la llevó al desierto, para que el Santo orase por ella. Hizolo éste, en efecto, y mandó al demonio que saliese de aquel cuerpo; pero el espíritu de la mentira respondió que no habia entrado en él por su propia voluntad, sino por las malas artes de un jóven, á quien nombró, acusándolo de haberlo hecho impulsado por la pasión del amor. Apenas lo oyó el padre, se presentó al magistrado de justicia y denunció al culpable. Se le hizo comparecer en juicio, en que negó el hecho, y sostuvo constantemente que era una calumnia.

El padre que no tenia otra prueba que lo que habia dicho el demonio en presencia de Macedonio, suplicó al juez que se trasladase á la residencia del Santo para tomarle declaración. Dijole el magistrado que no podia juzgarse un proceso en la celda de un solitario, y entónces el afligido padre suplicó al Santo que se presentase al juez. Hizolo así, movido por un espíritu de caridad, y tan luego como le vió el magistrado, bajó de su tribunal, y se despojó de su carácter de juez para constituirse en espectador.

Usando entónces Macedonio del poder que Dios le habia dado sobre los espíritus de las tinieblas, conjuró al que se habia apoderado de aquella jóven á que renunciase á sus mentiras, y declarase lo que habia en aquel particular. Forzado el demonio á ceder á la autoridad superior de Dios que le mandaba por la boca de su siervo, declaró al verdadero culpable del crimen y á la criada de que se habia valido para hacer tomar el brevaie á la poseida. Iba á acusar á otras personas que le habían obligado á causar incendios y otras maldades; pero el Santo le impuso silencio, y le mandó salir del cuerpo de la jóven y de la ciudad, lo que ejecutó al punto.

El juez quería castigar al autor de este crimen según lo había declarado el demonio; pero el Santo le dijo que no era justo hacer morir al que había sido descubierto por un milagro; sino que convenia dejarle vivir para que hiciese penitencia y obtuviese la gracia de la salvación.

Aunque san Macedonio llevaba una vida muy austera, sabia usar de discreción, y recomendaba esta virtud á los demás. Refiere Teodoreto que su madre, que era una señora muy piadosa y que había abrazado los ejercicios de la vida solitaria, cayó enferma, y no quería quebrantar su abstinencia ordinaria, por más que su estado exigia que tomase más alimento. Vino á visitarla el Santo, y la exhortó á qué siguiese los consejos de los médicos, y á que tomase los alimentos que se le diesen, no por espíritu de delicadeza, sino por necesidad: «pues yo mismo, decía, que durante cuarenta años me he sustentado, como sabeis, con cebada, sintiéndome ayer enfermo, no tuve dificultad en pedir á mi compañero que me diese un poco de pan, considerando que si, por falta de este alivio, me dejaba morir, Dios me pediría cuenta de rehuir el combate y de rehusar trabajar en su servicio. Pudiendo continuar mi vida con este poco de alimento y seguir mis trabajos para alcanzar los bienes eternos, estaba obligado á tomar éste y conservar mi existencia. No he escuchado los pensamientos que mi espíritu me sugeria, sino que he comido el pan, y os ruego que por ahora continúeis enviándomelo en lugar de la cebada.»

San Macedonio sirvió al Señor durante sesenta y dos años en la soledad. Ignoramos la edad que tenia, cuando vino á ella, así como las circunstancias de su muerte; pero sabemos que sus funerales se celebraron con grande pompa. No sólomente el pueblo de Antioquía, sino gran multitud de extranjeros acompañaron su cadáver, que los principales magistrados llevaron en hombros á una iglesia

de Antioquía, consagrada en honor de los santos Mártires. Se le enterró cerca de los santos Afrate y Teodosio, cuya vida expondremos también. Debió morir hacia el año 420. La Iglesia celebra su memoria él 24 de enero.

Hablemos ahora de uno de los más hermosos pasajes de san Macedonio, y que honra igualmente á los demás solitarios, que con él moraban en el desierto. Este pasaje es tan edificante que merece lo expongamos con más extensión. Teodoreto lo refiere en la vida del Santo y en su *Historia eclesiástica*, así como san Juan Crisóstomo en sus homilias al pueblo de Antioquía.

Obligado el emperador Teodosio á decretar nuevos impuestos para atender á los gastos de la guerra, el pueblo de Antioquía, que vió las vejaciones que sufrían los que no los pagaban, se llenó de furor, y empezó á apredrear las imágenes y estatuas del emperador, así como las de su padre, las de sus hijos y las de la emperatriz Fracila ó Placila, su mujer, muerta poco tiempo ántes, princesa muy recomendable por sus virtudes, así como por su humildad y por su caridad para con los pobres y enfermos. Llevando el pueblo aún más lejos su insolencia, ató con cuerdas sus estatuas, las arrastró por toda la ciudad, y por último, las hizo pedazos en medio de gritos é insultos groseros.

Estos excesos, aunque cometidos por niños, extranjeros y la plebe, causaron un terror tan grande en toda la ciudad, que los magistrados no se atrevieron á presentarse en público, temiendo por su propia vida. Pero cuando se apaciguó la sedición, se apoderó de todos los ánimos una gran consternación esperando la justa cólera del emperador, consternación que aumentaron las pesquisas practicadas por los magistrados en averignación de los culpables. Muchos abandonaron entónces la ciudad, y fueron á ocultarse en las cavernas; mientras que otros lo hicieron en

las casas. A casi nadie se veía en las calles y plazas públicas, y Antioquía presentaba el espectáculo de un desierto, más bien que el de una ciudad.

Su patriarca, Flaviano, compadecido de los males que la amenazaban, se puso en camino á pesar de su avanzada edad y del rigor de la estación, pues estos sucesos tenían lugar poco ántes de la cuaresma, con abjeto de apaciguar al emperador, ántes que llegasen los correos que se le habian enviado. Pero ya habian llegado algunas noticias á éste príncipe. que, en los primeros movimientos de indignación, habia resuelto transferir todos los privilegios de Antioquía á Laodicea, así como la dignidad de metrópoli de Oriente, que sabia habia de ser muy sensible á los Antioquenos, por que desde hacía mucho tiempo los habitantes de Laodicea envidiaban la grandeza de Antioquía.

Envió, pues, inmediatamente á dos de sus principales oficiales; á saber, Helebico, maestro de la milicia, y Cesario, maestro de los oficiales, para abrir una información y castigar á los culpables. El patriarca Flaviano los encontró en el camino, y sabiendo el objeto de su viaje, se llenó de aflixión y se apresuró á presentarse al emperador. Entretanto corrió el rumor de que este príncipe confiscaría los bienes de todos los habitantes: que mandaría quemar y destruir todas sus casas, y que haria terribles escarmientos.

La llegada de los dos oficiales aumentó estos temores. Declararon ante todo que la ciudad quedaba privada de sus privilegios: prohibieron el teatro y el hipódromo; hicieron cesar los baños, castigo muy duro para un país cálido, y dieron principio á las informaciones en averiguación de los culpables, empezando por los magistrados y senadores que no habian reprimido la sedición. No podemos expresar mejor esta trágica ejecución, que empleando las palabras de san Juan Crisóstomo, que la recuerda al pueblo en una de sus homilias.

« Despues, dice, que la mayor parte de nuestros conciudadanos, llenos de terror, se escondieron en los desiertos y en las montañas, las casas y los lugares públicos quedaron abandonados: apenas se encontraban dos á tres habitantes, que más que hombres, parecian espectros. Ibamos al palacio con objeto de ver el fin de esta tragedia, y lo que más horror nos inspiraba era la silenciosa tristeza que allí reinaba. Cada cual reconcentrado en sí mismo, no se atrevia á dar ni á pedir noticias; todos sospechaban unos de otros; todos temian caer en la prisión. Elevando los ojos, á Dios, que es el protector de los afligidos, nos propusimos dulcificar el corazón de los jueces. »

« Esto es lo que pasaba fuera de el pretorio; pero lo que sucedia interiormente era mucho más terrible. No se veian más que soldados armados de espadas y sables, que separaban de la puerta á las madres, á las mujeres, á los parientes y amigos de los que eran castigados, con el fin de impedir el tumulto que pudieran causar sus ayes y gemidos.

« Pero nada me impresionó tanto, como el ver entre otras personas á la madre y hermana de uno de los infelices acusados, solas y despreciadas, por más que pertenecian á una de las más ilustres familias: lleno el rostro de verguenza, y postradas en tierra á la puerta del pretorio en medio de los soldados armados. Desde allí oian las amenazas de los jueces, las voces de los verdugos, el chasquido de los látigos y los gritos de los que eran atormentados, todo lo cual les causaba un dolor más vivo que el que sufrían los criminales. Y como á fuerza de golpes se les obligaba á delatar á los cómplices de la sedición, temian que declarasen á algunos otros de sus parientes. Tanto dentro como fuera no se veian más que suplicios: unos eran entregados á la crueldad de los verdugos; mientras que otros experimentaban los sufrimientos que son naturales al afecto y á la ternura. »